

# El alma del pueblo

Yo no sé si los pueblos tienen alma. Dicen que los animales no la tienen. Sólo las personas. ¿Tiene alma una piedra?. ¿Y un árbol, una planta, una flor?

Suponiendo que los pueblos la tuvieran, ¿Cuál sería la de Rentería?, ¿Dónde estaría ubicada? ¿Cuáles serían sus sentimientos?.

Intentemos descubrirlo. Puede ser el río. Siglos y siglos de agua desfilando a la vera de las gentes. Para regar sus huertas. Lavado de ropas y telas de todos los estilos. En su seno se han bañado cientos de cuerpos. Y miles de peces multicolores surcaron sus aguas cantarinas, con ecos de las peñas lejanas que recortan el horizonte, al fondo del valle. Sus orillas, mudos testigos de romances, risas y juegos. Quizás duelos y muertes. Molinos que funcionaron por la fuerza de su corriente para machacar granos de cereal, hogaza en ciernes y alimento secular. Aquellos barcos altivos (¡Ay bosques destrozados y esquilados!) que probaron su estabilidad por vez primera en aquellas aguas transparentes. Y las fábricas que emplearon el líquido de su cauce para

templar aceros, lavar telas, mezclar pasta papelera y otros usos industriales. Qué decir de tantas historias que el río conoció. Los miles de vehículos que han tenido reflejo en sus aguas. Y en la historia reciente, aquel corsé de piedra que se le impuso para evitar su desparrame. El desvío del cauce destruyendo alamedas frondosas. En definitiva, el paso de los días que ha conseguido domar su fuerza y poderío, convirtiéndolo en la imagen de un caudal manso y conformado. Su flujo y reflujo, hace años que han dejado de regar huertas y ahora, ponen al descubierto efluvios no deseados que son cicatrices que el progreso ha impuesto en su discurrir. Todos amamos nuestro río y su recuerdo se expande más allá del tiempo y el espacio. Si fuera alma, entenderíamos las emociones que nos produce cuando discurre por nuestra mente y nos trae imágenes que no volverán. Si fuera alma, nos daría placer sumergir el corazón en sus frescas aguas. Si fuera alma, apagaría los ecos de la tristeza que, a veces, nos produce la lejanía. Si fuera alma, en fin, podría recoger en su seno esa lágrima furtiva que corre, de vez en cuando, por nuestra mejilla.



Plumilla: Fernando Goñi.



Plumilla: Fernando Goñi.

¿Quizás podría ser la *tierra*? La tierra que nos vio nacer. Campos, prados y colinas que configuran su entorno. También ella es mudo testigo de historias pasadas. Y presentes. Sendas y bosques. La hierba que crece verdorosa. Y las flores que motean su manto, en primavera. Caseríos, ferrerías, atajos y caminos. Por donde transitaron carros, caballerías y personas, en su afanoso trajín. Mercancías, verduras. Y leche, inmersa en marmitas enormes. Que a lomos de resignados jumentos, subían y bajaban al pueblo. Andar los senderos y recoger sudores. De aquellos renterianos que a diario secaban su ardor en alguna tasca del recorrido. Bueyes de pausado caminar. Y mugidos en las veredas. Colgaban las manzanas en los prados. Y luego, sidra olorosa, que la tierra ofrecía al trabajador. De las fábricas de variada índole. Que de la tierra surgían. Tierra nuestra, de nuestros antepasados. Y de siglos anteriores. Fecunda semilla de hombres ilustres: marinos, escritores músicos, religiosos, políticos y regidores. Y campesinos. También obreros anónimos que mezclan su sudor con ruidos estruendosos. De telares y máquinas. Tierra pisoteada, hollada por máquinas infernales. Que desaparece bajo moles de hormigón. Y ahoga su voz de libertad, enterrada y mancillada. Semillas muertas que no brotarán, jamás. Y hierba

olorosa sin cielo que mirar. Ni viento, cálido y húmedo que le acaricie. Si fuera alma nos gritaría su soledad. Si fuera alma nos pediría su libertad. Si la tierra, nuestra querida tierra, fuera el alma de Rentería, lloraría su abandono añorando el verdor que fue. Y que bajo el hormigón, yace para siempre, muerta.

¿Puede ser alma de Rentería, sus *calles*, plazas y rincones? En el recuerdo, al menos, aparecen con frecuencia. Y en su memoria permanece el discurrir de las gentes y sus avatares. En las losas de su empedrado se han ido posando asuntos cotidianos que conforman la pequeña historia del pueblo. Pasos apresurados, juegos infantiles, paseos apacibles. Lluvia, excrementos, herraduras de animales percutiendo la superficie. Y tantas y tantas ruedas, de carros, automóviles, bicicletas que han dejado su huella, aunque imperceptible, a veces. Fragancias de rosas, en el Corpus. Y cánticos fervorosos que emergen las mañanas de procesión. El alma escondida de sus recovecos. Y aquellos antiguos edificios que jalonan sus laterales. Todo es evocación en sus ancestrales calles, con las cuadrillas recorriéndolas una y otra vez. Todos los días. Bares bulliciosos y ruidos acompañados. La vida sigue y el espíritu permanece. Si fuera alma nos gritaría su deterioro. Si fuera alma padecería con los agujeros y baches que la mancillan. Si fuera alma lloraría su soledad, huérfana de voces de niños y cánticos infantiles.

Podría haber otros elementos, candidatos a figurar como alma de nuestro pueblo. Aunque lo citado pueda considerarse inmortal. Ningún renteriano llegará a olvidar jamás su río, su tierra y sus calles. Y todos sienten orgullo de su alma recóndita. Aunque el río, hieda. La tierra haya sido machacada. Y sus calles, deformadas por actuaciones urbanísticas lamentables. A pesar de ello, el alma se convierte en recuerdo. Todo se magnifica con el paso del tiempo. Y en nuestra retina siempre encontraremos el río límpido y repleto de peces, nuestra tierra exultante de verdor y arbolado y las vetustas calles con su antiguo empedrado y olor penetrante a sidra.

En todo caso, peor hubiera sido que Rentería no hubiera tenido alma. Que no consiguiésemos encontrar elemento alguno que nos sugiriera su pulso interior. Por siempre, el río, la tierra y sus calles han permanecido con nosotros, como imagen permanente del recuerdo de nuestro pueblo.

Por eso, cuando, alguna vez, todo el entorno físico desaparezca en el confín de los tiempos. El alma, el espíritu de Rentería, emergerá altivo, entre las estrellas. Y se mostrará como ahora claro y diáfano, tal como la recuerda cualquier renteriano. Sobre todo si hace años que se alejó por imperativos de la vida. De su río, tierra y calles...